

mientos pero no logró beneficios para sí: "En mi memoria —la de Miguel— han quedado sus luchas para conseguir satisfacer las necesidades primarias de su pueblo..." (pág. 107).

La degradación del mundo lo alcanza y lo extraña de todo lo que pueda brindar tranquilidad o felicidad. Sólo en la evocación, en ese último balance que realiza en su lecho de muerte, el héroe encuentra el reposo. Se ve lleno de razones y expectativas, y justifica y goza con ironía de cada uno de los incidentes que recuerda:

*¿Y el futuro?*

*No inventar el futuro porque ¿qué podía esperar él, residente en otros sueños? Ver, entonces el ayer para vivir, entre risas y lágrimas, esa historia que habían conservado con celo tantos años, y ahora le copaba hasta los más mínimos movimientos [pág. 108].*

Germán Trujillo, entonces, es un héroe caído. Pero héroe al fin. Como lo son muchos de los habitantes que sobreviven y mueren en Colombia.

Son muchas más las cosas que se podrían añadir sobre la novela número seis de Benhur Sánchez. Por ejemplo, que *Memoria de un instante* integra tres tendencias temáticas de la narrativa actual: lo social político, el costumbrismo y la violencia. Y adiciona la visión moderna del héroe problemático, prototipo de una sociedad como la nuestra, donde conviven las más antiguas formas económicas con las más refinadas expresiones de la tecnología moderna y donde el hombre, armado apenas con sus primitivos valores, como un Quijote provinciano que se quita la ruana para pelear contra los molinos de piedra, pero en vez de casco y yelmo se coloca una frágil sudadera de colores alegres. Eso no basta, es claro, y a la primera embestida del medio queda tendido en el campo de batalla, sin que exista un Sancho que quiera curar sus heridas con el ungüento mágico. Un Quijote sin yelmo, sin Rocinante y sin Sancho es, sin duda, mucho más vulnerable que el Quijote de Cervantes; es un hombre derrotado, un héroe en problemas.

Podríamos añadir, además, que *Memoria de un instante* realiza la condición misma del artista, su frustración y su dolor permanentes... que está escrita en un lenguaje poético (desde el título mismo) lleno de figuras hermosas que dan paso al sentimiento pero que no dejan entrever amargura. . .

En fin. . .

Pero el tiempo se acaba, como se le acababa a Germán Trujillo: "El tiempo por donde viajaba rumbo a ese pueblo sin nombre que ya no cabía en su memoria" (pág. 117).

MARIELA ZULÚAGA

## Zoografía nacional

### Fauna social colombiana

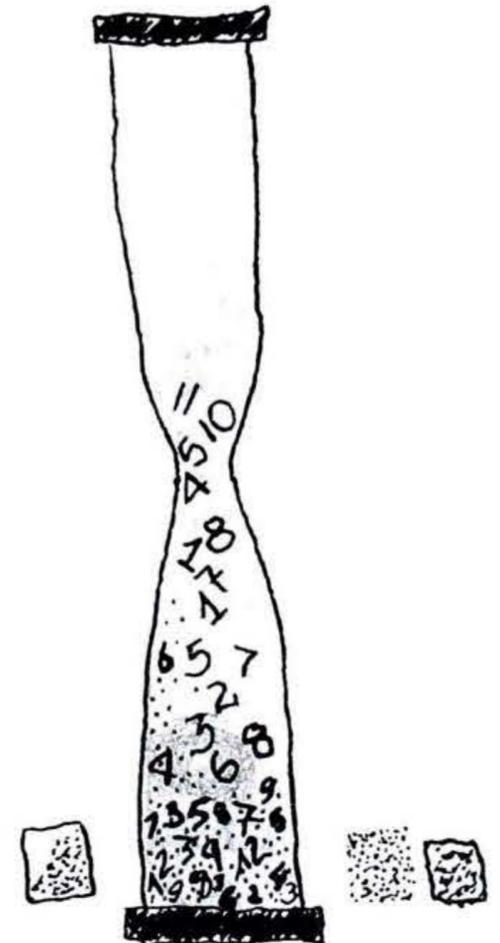
Antonio Montaña  
Ediciones Gamma S.A., Bogotá, 1987,  
289 págs.

Aunque en Colombia quizás no existe una ciudad o un pueblo que no se vanaglorie, cuando no hay otra cosa que mostrar, de su "humor proverbial", éste a veces ocurre en el país. Por ejemplo, podría hablarse de una tradición santafereña (el adjetivo *bogotana* parece ser demasiado ecuménico), esa actitud que en vivo y en directo es por lo general amanerada y pretenciosa, pero que por escrito es lo mejor que existe para el consumo nacional.

Los discurretes de la capital (la utopía cortesana, la realidad de la burocracia medianera, el cosmopolitismo departamental) han ofrecido siempre un vívido y divertido cuadro de migraciones y combates animales. Los nativos, añejos y ya en vías de extinción desde los tiempos coloniales, gustan de contemplarlo bajo el espíritu de resignación que los caros ingleses definirían como "grace under pressure". Hay que aclarar aquí que

lo *nativo* en este caso es un concepto de barriada, de modo que las presiones zoológicas pueden surgir en ciertas zonas de la capital que jamás han quedado en Bogotá.

Antonio Montaña sobre que este estoicismo, que los acerbos estudiantes de las universidades públicas tildarían "de clase", es en sí mismo divertido. No ignora que no perder de vista la refriega al mismo tiempo que se mantienen las distancias es quizás la manera más engorrosa de inmiscuirse en ella, porque para lograrlo es necesario tener los ojos, las orejas y la lengua más grandes. Sabe que una especie condenada a mantenerse alerta, no sea que, por ejemplo, se vuelva lobo criticar a los lobos, libra también una lucha vacía; y que precisamente por haber basado su estrategia en descubrir e ir corriendo las reglas del combate es que no tiene escapatoria.



*Fauna social colombiana* está escrito desde este hostigado (en ambos sentidos) punto de vista de la sorna capitalina. Su mérito reside en que le tiemble el pulso pocas veces, en que en estos tiempos de políticos ejerza la más estricta de las frivolidades. Con un lenguaje que da en el blanco siempre, Montaña clasifica, describe y analiza los especímenes sociales y los comportamientos que en Colombia reciben apodos zoológicos. La mali-

cia infinita, la absoluta subjetividad y la franqueza le han deparado con justicia un numeroso público.

Vivisecciona lobos, mandriles, gallinazos y lagartos de todos los sexos, fuera de piscos y gallinas y demás sapos y culebras que más corrientemente salen por las bocas compatriotas. Vale decir, con ponzoña de víbora enciclopédica que hace de ésta una lectura tan entretenida como esclarecedora. No olvidemos que cuando en el país se menciona una bestia, es porque se espera escuchar el disparo de inmediato. Antonio Montaña se aparece con el cuero de ñapa.

Merece citarse su desdén clarividente, el elemento más constante en este libro:

“El *snob* es capaz de gastar una fortuna en piezas precolombinas que su ‘guaquero de confianza’ fabricó hace una semana, y afirmar con aire de conocedor impecable que las de su vecino son falsificadas. El logo, a quien el barro le parece poca cosa, preferirá adornar su casa con las reproducciones en cobre de los diseños precolombinos. Al fin y al cabo el metal bruñido es mucho más elegante” (pág. 13).

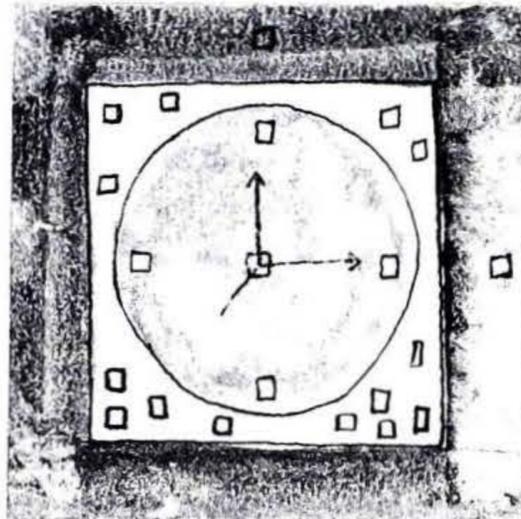
Pero no todo es displicencia. Tal es el caso del mandril, por quien el autor deja entrever alguna simpatía, dispar pero en el fondo honesta. La etología de este ser que a fuerza de calentanismo, autenticidad y desmesura ya ni levanta ampollas, constituye quizás el más logrado capítulo del libro.

También hay ascos y bravatas que afortunadamente no disfrazan del todo al personaje detestado. Así, el rey de los lagartos, que asciende a las cimas del poder, “habla gangosamente y va soltando las palabras con pausas que hacen semejar su alocución a la cadencia con la que un camello produce en marcha la boñiga” (pág. 104).

Y hay historia, para la cual ostenta el autor una capacidad de síntesis realmente ejemplar:

“En un país que tuvo vocación de mico, es decir, de mimador y entonces podríamos decir que también de lobo, el mandril apareció en las zonas rurales. Los lagartos se volvieron hombres de las leyes. Los lobos defensores de la opción democrática y los

mandriles guardianes de ambas cosas. No para imitar ni para ganar, sino para ser, simplemente. Boves fue, y así lo llamaban, zambo y por lo tanto lobo. Maza y Urdaneta, mandriles. Santander, lagarto. Si alguien quisiera seguir el tránsito de esta fauna hacia el poder, se encontraría con algo que no causa a nadie sorpresa: el mandril se volvió gorila. El lagarto, poder. Y los lobos, la ‘vocación democrática’ de los países fraudulentos’ (págs. 68-69).



Sólo por no seguir citando habría que pasar a señalar dos estorbosos desentonos de este libro. El primero sería el del capítulo sobre las culebras, que cae en el romo alegato econo-sociológico, tal vez porque éstas no forman propiamente parte de nuestra fauna social y son más bien un mal o una costumbre universales. El segundo sería el del capítulo sobre los pájaros, que por tocar episodios de sangre (como si al de los mandriles le faltara hemoglobina) olvida la inclemencia del humor y, dando el brazo a torcer, pasa a la denuncia abierta. Busca ser *serio*, acaso conmovedor, en medio de la farsa; pero mejor habría reposado en el volumen original, *La violencia en Colombia*, de donde fue tomado, según cita Montaña, textualmente.

Es curioso —mejor decir curioso que significativo— este desliz de querer darle “peso” a una obra cuya virtud más destacada es la volatilidad. Hay que esperar que esta concesión a los tiempos aciagos no sea un indicio de que se está gestando un nuevo “compromiso” de nuestra literatura, en este caso el letal compromiso de dudar de sí misma.

CARLOS JOSÉ RESTREPO

## Apologética

Bolívar: el Libertador

Gillette Saurat

Traducción de Gonzalo Mallarino, La Oveja Negra, Bogotá, 1987, 617 págs.

Otra vez, una vez más, la bibliografía bolivariana se ve aumentada en un volumen que busca, ante todo, la *admiratio* y que abandona el decoro de un mínimo de distancia crítica. Ya bien pasado el bicentenario del Libertador, y por tanto el cúmulo de homenajes de rigor, uno no ve bien cuál es el propósito específico de cansar la oferta biográfica que sobre Bolívar existe con una obra que —pese a su formidable extensión— no contribuye con nada nuevo, sorprendente o revelador sobre la vida y trabajos del creador de estas repúblicas. No se sugiere aquí que sea inútil escribir sobre nuestro más egregio ciudadano. Al contrario, es vital replantear el pasado. La comprensión de la vida y obra de Bolívar, por tanto, como las de todo nuestro panteón, se resienten por tratamientos como el que infunde la obra de Saurat. El elogio acrítico, la pretensión de hacer que el héroe destile lo sublime en cada uno de sus actos, altos y bajos; el querer constituir una imagen sobrehumana del héroe, son procedimientos contraproducentes que nos alejan más de la figura retratada en vez de acercarnos a ella. Afirmaciones como “agradecido, como todas las almas generosas, Simón Bolívar no perderá nunca la ocasión de manifestar su gratitud a aquellos con quienes se siente reconocido” (pág. 22) perjudican la imagen del biografiado, y no puede dejar de ser así. Decir que “su inteligencia, su cultura, pero sobre todo su elegancia, la distinción de sus modales que le venía del hábito del mundo y la vida cortesana, señalaban especialmente a Simón Bolívar para cumplir [ . . . ] una misión delicada . . . ” (pág. 115) es abstraer puntos a la imagen de Bolívar que se quiere evocar.

La concepción biográfica que Saurat despliega en estas páginas, su